

3. El Mensaje a las Iglesias

Éfeso

El mensaje a las siete iglesias abarca un período de la historia eclesiástica, que se extiende desde la primera venida de Cristo hasta Su segunda venida. A Juan, Cristo se le apareció caminando en medio de las iglesias, — los candeleros; y es una verdad hermosísima que la Presencia Divina nunca se ha retirado de la tierra. Una de las últimas promesas hechas por Cristo a Sus discípulos fue: «He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20), y no importa cuán desgarrado o disperso haya estado Su pueblo, esa promesa, que resuena de edad en edad, ha sido el consuelo y el alivio de cada cristiano individual, y de la iglesia como cuerpo. El cielo ve la tierra como un vasto campo misionero, y la iglesia es un faro en medio de la oscuridad. La encarnación de Cristo atrajo las simpatías de todo el universo hacia la tierra, y «toda la creación gime, aguardando nuestra adopción» (Romanos 8:22-23). Cristo, atendido por la hueste del cielo — Sus espíritus ministradores — se encuentra siempre en medio de la iglesia, y el que toca a la iglesia, toca *la niña de los ojos* de Cristo.

El primer mensaje que se le mandó a Juan que entregara fue a la iglesia de Éfeso. Había otras iglesias en Asia Menor, pero había razones por las cuales Éfeso fue la primera en ser abordada, y por qué debía ser tomada para representar a la iglesia en general durante los primeros años de su existencia. La palabra «Éfeso» significa «primera» o «deseable». En el siglo I, Éfeso era la capital de Asia Menor y el centro de comercio tanto de Oriente como de Occidente. Estaba fuertemente bajo influencia griega y, en posición, correspondía a Corinto en Grecia y Alejandría en Egipto. Se la ha llamado el «punto de reunión del paganismo», y fue un baluarte de la religión reconocida y la educación popular del mundo, cuando, poco después de la muerte del Salvador, fue visitada por primera vez por los apóstoles. Bien puede tomarse para simbolizar ese período de la historia eclesiástica cuando el Evangelio en su pureza se encontró, en conflicto abierto,

con las formas más oscuras del culto pagano. Junto a los griegos, vivían judíos, hombres que deberían haber mantenido en alto la adoración de Jehová, pero que habían perdido el Espíritu al mezclarse con los idólatras. Fue en esta ciudad, inquieta, turbulenta y fácilmente influenciada, donde Pablo, como misionero, fue a predicar de un Salvador resucitado. Se encontró con dificultades. Oponiéndose por un lado a la ciencia, falsamente llamada, y por el otro a una religión que tenía la forma de piedad, pero que había perdido el poder de la misma, Pablo ofreció al Hijo de Dios crucificado. Milagros acompañaron su predicación. En la sinagoga de los judíos, razonó durante tres meses acerca de «el reino de Dios» (Hechos 19:8); y cuando los hombres endurecieron sus corazones contra la Palabra, entró en la escuela de Tirano, donde enseñó durante dos años con tal poder que la Palabra del Señor Jesús se extendió por toda Asia, tanto entre judíos como entre griegos. Los griegos eran eruditos y exaltaban el poder de la cultura intelectual. Pablo, como misionero cristiano, enseñó primero en la sinagoga, luego en las escuelas, donde el Evangelio de Jesucristo se ofrecía en lugar de la filosofía de Platón, a quien los griegos deificaban. Dijo él: «Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, a los judíos ciertamente tropezadero, y a los gentiles locura; mas a los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios» (1 Corintios 1:22-24). Tan poderosa fue esta enseñanza del apóstol que muchos que poseían libros de hechicería o magia, que pasaban por sabiduría a los ojos del mundo, trajeron sus libros y los quemaron delante de todos. Los estudiantes de esta escuela de Tirano se convirtieron en obreros fervientes en Asia Menor, y a través de ellos se dio a conocer el Evangelio. No solo la erudición de los griegos, que eran las luces intelectuales del mundo, fue confrontada por Pablo y sus discípulos, sino que los oficios se vieron afectados; tanto fue así que hubo un levantamiento del pueblo, que con una sola voz clamó: «¡Grande es Diana de los efesios!» (Hechos 19:28). Diana, la diosa patrona de Éfeso, era una personificación de la fecundidad. En esta ciudad, el cristianismo — el poder de Dios para salvación — entró en abierto y amargo conflicto con la falsa religión y la falsa educación del mundo.

Aquel que caminaba entre las iglesias, observó el encendido de la antorcha de la verdad en Éfeso, y así las primeras palabras dirigidas a la iglesia son: «Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia» (Apocalipsis 2:2). Aquellos que, en el día de Pentecostés, recibieron el bautismo del Espíritu, y aquellos que escucharon el Evangelio de sus labios, se llenaron de un deseo ardiente de difundir la noticia de un Salvador. Estaban desposados con Cristo, y en el ardor de su primer amor, los conversos buscaron a sus amigos y parientes, suplicándoles que abandonaran el mal y aceptaran la salvación. No había obra demasiado ardua, ni viaje demasiado difícil, que no emprendieran por Aquel a quien amaban.

Se puede observar que el poder de Dios y el poder del mal estaban en pugna. Junto a los templos paganos, se erigieron iglesias cristianas; las escuelas cristianas surgieron a la sombra misma de las instituciones de aprendizaje griegas. A pesar del poder del enemigo, la propagación de la verdad fue rápida, tan rápida, de hecho, que el paganismo tembló por su existencia. Entre los conversos a la nueva doctrina, algunos estaban convencidos de la verdad, pero no experimentaron el cambio de corazón que viene con el nuevo nacimiento. Hubo otros que, por razones de conveniencia, buscaron la comunión con los cristianos; pero mientras la iglesia mantuvo una estrecha conexión con Dios, una línea clara y distinta separaba a los creyentes de los impostores. «Y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos» (Apocalipsis 2:2).

El poder que acompañó incluso a los conversos comunes, y su pronto espíritu de discernimiento, se ve en el caso de Priscila y Aquila, cuando Apolos, quien recibió el Evangelio, o al menos una parte de él, en Alejandría, llegó a Éfeso. Apolos era ferviente en espíritu y enseñaba con poder; pues era un hombre elocuente y poderoso en las Escrituras; pero solo conocía el bautismo de Juan. Cuando predicó a oídos de aquellos con quienes Pablo se alojaba en Corinto, y que habían estudiado con el gran apóstol, Aquila y Priscila detectaron su ignorancia sobre el derramamiento del Espíritu, y el elocuente hombre recibió instrucción de aquellos que habían entrado recientemente en la verdad. Uno

puede, en imaginación, pintar el sacrificio que parece necesario por parte de aquellos que aceptaron a Cristo en este bastión central del paganismo. La luz y la oscuridad se encontraron cara a cara, y el paganismo hizo una lucha desesperada por su existencia. Es por estas razones que el primer mensaje, dirigido a Éfeso, es aplicable a la primera era de la religión cristiana. En la oscuridad de las peores formas de paganismo, la religión y la cultura de los griegos, respaldadas por el gobierno de Roma, — el cristianismo caminó como una virgen inmaculada vestida de blanco. Mediante la predicación y la enseñanza, dos métodos divinamente ordenados para la propagación de la verdad, Pablo y sus colaboradores levantaron una iglesia en Éfeso.

Juan había conocido la obra en este lugar; pues él, como pilar en la iglesia de Jerusalén, estaba familiarizado con el progreso de la luz a medida que se extendía desde ese centro, y desde Patmos su corazón se volvió hacia los creyentes en el continente. El ángel dijo: «Escribe al ángel de la iglesia en Éfeso:» y el mensaje fue: «Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos» (Apocalipsis 2:2). El mensaje es enviado por Aquel que en el cielo «tiene las siete estrellas en Su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro» (Apocalipsis 2:1). Dios mismo había observado a cada alma mientras se separaba del mundo y se unía a Cristo. El poder de Cristo mismo acompañó la difusión del Evangelio en aquellos primeros días; pues fue llevado por hombres que habían recibido las lluvias pentecostales.

El cristianismo era un poder extraño visto por los paganos, pues no había ídolos, ni formas externas, solo una adoración espiritual que no podían comprender. El reino de Cristo estaba invadiendo el dominio del enemigo, y no había armas que pudieran atacarlo. En el espacio de treinta años, el Evangelio llegó a toda criatura bajo el cielo. Ricos y pobres por igual oyeron las buenas nuevas del Deseado de todas las Naciones, que había nacido en Judea. César gobernaba con poder ilimitado en Roma. Ninguna mano se levantó contra el trono; y sin embargo, el cristianismo se coló dentro de los muros de esos palacios,

y Pablo predicó a algunos de la casa de Nerón. Este crecimiento es reconocido en el mensaje: «Has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado» (Apocalipsis 2:3). Esta fue la experiencia del primer siglo de la religión cristiana. El poder por el cual creció fue el del amor, — el primer amor, que en su ardor no conocía límites. Fue el amor del cual Pablo escribe cuando dice que «el amor es el cumplimiento de la ley» (Romanos 13:10). Cristo velaba por los creyentes con la alegría de un esposo, y ellos a cambio le daban la devoción de su corazón.

Había muchos entre los paganos que, al escuchar a Pablo, se convencieron de la verdad en sus mentes, pero conservaron su manera griega de razonar. De hecho, aplicaron a las Escrituras la misma interpretación que antes habían dado a sus propios escritos griegos. Estos filósofos griegos convertidos se encontraban junto a los sencillos maestros del Evangelio, y al intentar refutar el paganismo mediante argumentos, el cristianismo corría el peligro de debilitarse. La sombra del enemigo caía sobre la iglesia. Dios llamó a estos primeros creyentes: «Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar» (Apocalipsis 2:5).

Se dice que los nicolaítas, a quienes se hace referencia en el versículo seis, según Mosheim, fueron una rama de los gnósticos, una secta que vivía en Asia, que negaba la divinidad de Cristo y «se jactaba de poder restaurar a la humanidad el conocimiento del Ser verdadero y Supremo». Su creencia con respecto a la creación del mundo, entraba en conflicto con los escritos de Moisés y llevó a la negación de la autoridad divina del Antiguo Testamento. Otras creencias, contrarias a las enseñanzas de Cristo, resultado de una mezcla de filosofía griega y oriental, llevaron a prácticas que la iglesia de Cristo no podía tolerar. Él no dice que odiaran la presencia de los nicolaítas, y no podían soportarlos; sino que odiaban sus obras, «las cuales yo también aborrezco» (Apocalipsis 2:6). Esta iglesia estaba en una posición en la que podían odiar el pecado, y no al pecador, donde podían tener paciencia y trabajar mucho por los

que erraban, y amarlos; mientras que odiaban las obras que los separaban del Señor. El Señor concluye con un mensaje para cada uno: «El que tiene oído, oiga» (Apocalipsis 2:7). El mensaje llega a todas las edades en todo tiempo, a todo el que recibe el don de oír. Es el Espíritu de Dios hablando a la iglesia. «Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios» (Apocalipsis 2:7). Adán fue vencido por Satanás, y así perdió su derecho al árbol de la vida; pero a cada hijo de Adán llega el mensaje: «Le daré a comer del árbol de la vida» (Apocalipsis 2:7). Es el privilegio de cada hijo de Dios reclamar la victoria y vencer cada ataque del enemigo mediante la fuerza dada por Cristo. A los fieles se les promete acceso al árbol de la vida, en contraposición al fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. El árbol de la vida fue trasplantado del jardín del Edén al cielo, pero sus ramas cuelgan sobre el muro para todos los que extiendan la mano hacia su fruto. Así como la experiencia de la iglesia es aplicable a cada denominación, a cada organización y a cada individuo, así hasta el fin del tiempo, los cristianos serán colocados en posiciones donde deberán elegir entre la sabiduría de Dios y la filosofía del mundo, — sabiduría que es pura, pacífica, amable, llena de misericordia y buenos frutos; y la filosofía que, si se adhiere a ella, trae pérdida de luz y, finalmente, muerte.

Esmirna.

Esmirna, la segunda iglesia a la que se dirige el mensaje, estaba a solo unas cincuenta millas de Éfeso, y sin duda conocía las condiciones de la iglesia central de Asia Menor; pero como no era un gran centro comercial, muchas de las perplejidades con las que Éfeso tuvo que lidiar no estaban presentes en Esmirna. Sus miembros eran pobres, pero aun así trabajaban diligentemente por los demás. La riqueza de Éfeso fue uno de los mayores inconvenientes para la espiritualidad de esa iglesia; pero Esmirna, aunque pobre en bienes mundanos, era rica a los ojos del Señor. A través de falsos maestros, que afirmaban ser hijos de Dios, la persecución llegó a aquellos que deseaban seguir las enseñanzas de Cristo. El verdadero judío es heredero por la fe de la herencia prometida a

Abraham, pero muchos se enorgullecen de la herencia de la carne. Tales pertenecen a la sinagoga de Satanás; pues la justicia por obras es la falsificación diabólica del plan de salvación del Señor solo por la fe en los méritos del Hijo de Dios. Las palabras escritas por Pablo en su carta a los Gálatas, quienes tuvieron que enfrentar esta misma falsa enseñanza, aclaran la diferencia entre los que son hijos de la promesa y los que son judíos solo de nombre. Pablo ilustra la verdad repitiendo la experiencia de vida de Abraham. Ismael, el hijo de Agar, la sierva egipcia, representa en alegoría a aquellos que esperan obtener justicia por sus propios esfuerzos. Tales son los judíos contra quienes la iglesia de Esmirna fue advertida. Isaac, el hijo de Sara y Abraham, fue el hijo de la promesa, y representa a aquellos que aceptan a Cristo por la fe. «Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora» (Gálatas 4:29). Así, a la iglesia de Esmirna Dios dijo: «No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados; y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida» (Apocalipsis 2:10). El mensaje fue firmado por Aquel «que estuvo muerto y ha vuelto a la vida» (Apocalipsis 2:8). El sacrificio de vida de Cristo y Su victoria sobre la muerte fueron señalados por Gabriel como una lección especial y una fuente de aliento para aquellos seguidores que serían llamados a pasar por el fuego de la persecución. Por la fe, los mártires podían ver la corona de la vida eterna que les ofrecía el Hijo de Dios.

El mensaje llegó a Esmirna, una iglesia en Asia Menor, y de igual manera a la iglesia cristiana en su conjunto, durante los siglos II y III. Fue un tiempo en que el paganismo estaba haciendo su última resistencia por la supremacía en el mundo. El cristianismo se había extendido con una rapidez maravillosa, hasta que fue conocido en todo el mundo. Algunos abrazaron la fe de Cristo debido a la conversión del corazón, otros, debido a la fuerza del argumento presentado, y aún otros, porque podían ver que la causa del paganismo estaba menguando, y la política los llevó al lado que prometía ser victorioso. Estas condiciones debilitaron la espiritualidad de la iglesia. El Espíritu de Profecía, que

caracterizaba a la iglesia apostólica, se perdió gradualmente. Este es un don que lleva a la iglesia, a la que le es encomendado, a la unidad de la fe. Cuando ya no hubo verdaderos profetas, las falsas enseñanzas se extendieron rápidamente; la filosofía de los griegos llevó a una falsa interpretación de las Escrituras, y la justicia propia de los antiguos fariseos, tan a menudo condenada por Cristo, apareció de nuevo en medio de la iglesia. Los cimientos se echaron durante los dos siglos que precedieron al reinado de Constantino para aquellos males que se desarrollaron plenamente durante los dos siglos siguientes. Durante este período, el martirio se hizo popular en muchas partes del Imperio Romano. Por extraño que esto pueda parecer, no es menos cierto. Fue el resultado de la relación existente entre cristianos y paganos.

En el mundo romano se respetaba la religión de todas las naciones, pero los cristianos no eran una nación, sino una secta de una raza despreciada. Cuando, por lo tanto, persistieron en denunciar la religión de todas las clases de hombres, cuando celebraron reuniones secretas y se separaron por completo de las costumbres y prácticas de sus parientes más cercanos y amigos más íntimos, se convirtieron en objetos de sospecha, y a menudo de persecución, por parte de las autoridades paganas. A menudo se atraían la persecución a sí mismos, cuando no había espíritu de oposición en la mente de los gobernantes. Como ilustración de este espíritu, la historia narra los detalles de la ejecución de Cipriano, obispo de Cartago. Cuando se leyó su sentencia, un clamor general se levantó de la multitud de cristianos que escuchaban, quienes dijeron: «Moriremos con él».

El espíritu con el que muchos cristianos profesos aceptaron la muerte, e incluso provocaron innecesariamente la enemistad del gobierno, probablemente tuvo mucho que ver con la promulgación, en el año 303 d.C., del edicto de persecución por el emperador Diocleciano y su asistente, Galerio. El edicto fue universal en su espíritu y se aplicó con mayor o menor rigor durante diez años.

Muchos cristianos sufrieron la muerte. El sacrificio de un hijo de Dios reabre la herida hecha en el corazón del Padre cuando Cristo fue inmolado. La muerte de Cristo fue una señal de separación del pecado, por parte de quien aceptó el

sacrificio. Como el humo del altar del incienso en el servicio del santuario, una vida entregada por el Salvador se convierte en un «olor grato» a los ojos de Jehová. Esmirna significa «mirra» u «olor dulce». Este nombre se aplica a quienes ofrecieron voluntariamente sus vidas por su fe. La misericordia de Dios se muestra en este mensaje de una manera maravillosa; pues aunque algunos sin duda sufrieron innecesariamente y se atrajeron la persecución a sí mismos, Dios no los condena por un celo equivocado. Este es un mensaje que no contiene reproche, y parecería que la ternura de nuestro Padre le hace perder de vista el hecho de que se buscó la muerte; porque Él ve la seriedad en el corazón de quien ofrece su vida. Es lo mismo en la experiencia individual. Los demasiado celosos a menudo sufren cuando no hay necesidad de sufrimiento, y sin embargo Dios lee el motivo del corazón y mide la recompensa de acuerdo con lo que encuentra allí. Los semejantes pueden criticar y condenar, pero Dios acepta cualquier sacrificio hecho en Su nombre; y Él le dice a tal seguidor como le dijo al rey David: «Bien has hecho en tener tal propósito en tu corazón» (1 Reyes 8:18; 2 Crónicas 6:8).

«El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias» (Apocalipsis 2:11). «El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte» (Apocalipsis 2:11). La segunda muerte es la única muerte que el pueblo de Dios debe temer. Satanás puede traer la muerte física a los fieles seguidores de Cristo, pero ellos serán protegidos de la segunda muerte. El pueblo de Dios se regocijará en la vida eterna; mientras que el decreto de la segunda muerte será pronunciado sobre Satanás y sus emisarios. La iglesia de Esmirna siguió inmediatamente a la época de Cristo y Sus discípulos, y a menudo fue mencionada proféticamente en sus enseñanzas.

Pérgamo.

La condición del cristianismo durante dos o más siglos después de la ascensión de Constantino el Grande al trono romano puede aprenderse del mensaje entregado a la iglesia de Pérgamo. La persecución de diez años, que tuvo lugar durante el reinado de Diocleciano, no logró el propósito de su instigador, y

siguió una maravillosa reacción. Constantino, deseando ganarse el favor por encima de los mismos hombres que eran los principales opositores al cristianismo, abrazó la causa de esa secta despreciada, y a través de él, el cristianismo fue elevado al trono de Roma. Pérgamo significa «exaltación» o «elevación», y fue cuando el cristianismo nominal se hizo popular y dominó el gobierno civil, que la **espada de doble filo** de la Palabra fue necesaria para separar lo verdadero de lo falso. Naturalmente, el número de conversos aumentó rápidamente, y los edificios de las iglesias se multiplicaron. Los oficiales de la iglesia, bajo el favor del gobierno, se extendieron como el laurel verde. La doctrina de Aquel que dijo: «El que es el mayor de vosotros, será vuestro siervo» (Mateo 23:11), fue invertida, y la jerarquía papal creció a pasos agigantados. Esto fue particularmente cierto en la Sede Romana. Otras diócesis intentaron la misma exaltación. Constantinopla, Jerusalén, Éfeso y Alejandría, — todas contendían por la supremacía, pero Roma, la sede del dragón, fue finalmente la cabeza reconocida de la iglesia cristiana. Dios observó a la iglesia mientras pisaba este peligroso camino hacia la exaltación mundana, y a Pérgamo le envió este mensaje: «Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, quien enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación» (Apocalipsis 2:14).

Durante el período de la historia eclesiástica en que el mensaje a Pérgamo es aplicable, la iglesia fue culpable de idolatría y fornicación. Para que los cristianos no malentendieran la aplicación y no fueran llevados a negar la acusación, el Espíritu de Dios los remite a la experiencia de Balaam con Balac, el rey de los moabitas, en un momento en que Israel estaba a punto de entrar en la tierra prometida. Los siguientes párrafos citados arrojan luz sobre la obra de Balaam al enseñar a Balac a poner tropiezo ante Israel:

«Balaam fue una vez un hombre bueno y profeta de Dios; pero había apostatado y se había entregado a la codicia; sin embargo, todavía profesaba ser siervo del Altísimo. No ignoraba la obra de Dios en favor de Israel; y cuando los

mensajeros (de Balac) anunciaron su encargo, él sabía bien que su deber era rechazar la recompensa de Balac y despedir a los embajadores. Pero se atrevió a coquetear con la tentación e instó a los mensajeros a quedarse con él esa noche, declarando que no podía dar una respuesta decidida hasta que hubiera pedido consejo al Señor. Balaam sabía que su maldición no podía dañar a Israel. ... El soborno de costosos regalos y la perspectiva de exaltación excitaron su codicia. Aceptó con avidez los tesoros ofrecidos y no cambió su rumbo cuando se encontró con el ángel. Mientras profesaba estricta obediencia a la voluntad de Dios, intentó cumplir el deseo de Balac.»

Si al leer este párrafo la palabra “*Balaam*” es reemplazada por la “*Iglesia*”, en los siglos cuarto y quinto, y por “*Balac*” se lee “*Constantino*”, o “*el Emperador Romano*”, se retrata la historia exacta de la iglesia. La iglesia había conocido a Dios, pero se volvió codiciosa; mientras que todavía profesaba lealtad al Altísimo. La iglesia, tentada por las ricas ofertas del gobierno, parlamentó con sus embajadores y se negó a declarar los estatutos de Jehová y a permanecer como un pueblo separado y peculiar. La unión de la Iglesia y el Estado se formó para obtener los privilegios y la protección del poder civil.

El siguiente párrafo, leído de la misma manera, presenta el segundo paso en la transacción, cuando la Iglesia y el Estado se unieron:—

«Decepcionado en sus esperanzas de riqueza y promoción, en desgracia con el rey, y consciente de que había incurrido en el desagrado de Dios, Balaam regresó a su misión autoimpuesta. Después de llegar a casa, el poder controlador del Espíritu de Dios lo abandonó, y su codicia, que solo había sido refrenada, prevaleció. Estaba dispuesto a recurrir a cualquier medio para obtener la recompensa prometida por Balac. ... Inmediatamente regresó a la tierra de Moab y expuso sus planes ante el rey. ... El plan propuesto por Balaam era separarlos (a Israel, la iglesia) de Dios al tentarlos a la idolatría. ... Este plan fue aceptado fácilmente por el rey, y el propio Balaam permaneció para ayudar a llevarlo a efecto. Balaam fue testigo del éxito de su diabólico esquema.»

El esquema consistía en que Israel fuera invitado a una fiesta de los moabitas, donde se comían carnes sacrificadas a los dioses paganos, y que Israel fuera inducido a cometer adulterio con los habitantes de Moab. La iglesia entre 312 y 538 d.C. se unió al poder civil. Tomó de la riqueza del Estado y pidió protección civil. Fue entonces cuando se introdujeron los pecados espirituales de idolatría y fornicación. La idolatría era el amor al dinero, al mundo y toda falsa adoración que tomó el lugar de la adoración a Jehová. Es fornicación a los ojos de Dios cuando Su pueblo se une a cualquier poder que no sea el brazo de la Omnipotencia.

Si el antiguo Israel hubiera permanecido fiel a las enseñanzas de su líder, las tentaciones de los moabitas habrían caído en oídos sordos. Lo mismo es cierto para la iglesia a la que toda esta historia es enviada como una alegoría. La doctrina de los nicolaítas, como se describe bajo la iglesia de Éfeso, era una mezcla de las enseñanzas puras de Cristo con la filosofía de los griegos. Si esta doctrina no hubiera sido aceptada en la iglesia que afirmaba seguir al Salvador; si los niños y los jóvenes hubieran sido alimentados con la verdad en lugar de la mezcla del bien y el mal, como lo representa la doctrina de los nicolaítas, la iglesia nunca habría caído. El mensaje a Pérgamo se aplica en los siglos cuarto y quinto; también ha sido la experiencia de cada denominación protestante separada, y es una advertencia para todas las iglesias hasta el fin de los tiempos. Cualquier interpretación de este período que no corresponda con la historia de Balaam no está de acuerdo con la mente del Señor, porque Dios ha dado la historia de Balaam como una prueba por la cual podemos conocer la verdadera interpretación.

«Arrepiéntete; si no, vendré a ti pronto y pelearé contra ellos con la espada de mi boca», que es la espada de doble filo. De en medio de la iglesia, que cayó a causa de su unión con el Estado, Dios separó, por Su Espíritu, a una pequeña compañía cuya historia puede leerse en una parte del mensaje enviado a la iglesia de Tiatira.

Dios llama a cada iglesia, sin importar cuán bajo sea el nivel de espiritualidad, y aquellos que tienen un oído vuelto hacia el cielo, escuchan. «Al que venciere, le daré a comer del maná escondido, y le daré una piedra blanca, y en la piedra un nombre nuevo escrito, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe.» Así como los pecados de la iglesia de Pérgamo se dan en forma de parábola, así las bendiciones para los arrepentidos de este período se ofrecen en figura. A aquellos que en pecado habían participado de alimentos ofrecidos a ídolos, se les ofrece a cambio el “*maná escondido*”. El maná es el pan del cielo, y como era el único alimento necesario para nutrir a las multitudes de Israel durante su viaje de cuarenta años, se convirtió en un emblema apropiado de Cristo, el pan enviado al mundo. Comer carne sacrificada a ídolos trae muerte, pero el maná escondido trae vida. «Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo; mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descende del cielo y da vida al mundo.» Una unión de Iglesia y Estado aplasta la vida espiritual de cualquier iglesia. ¿Por qué comerán los hombres el alimento de la idolatría cuando el pan del cielo es gratis para todos? ¿Por qué los cristianos, en la educación de sus hijos, cultivan en ellos un apetito por “*alimentos sacrificados a ídolos*”, en lugar de extender la mesa con maná que dará vida al alma?

La lección para la iglesia en su conjunto es la separación total del poder civil. La lección para el hogar y para el individuo es la separación completa del mundo. Aférrense a Dios; porque Él tiene el maná escondido. Alimenten a los niños con maná escondido; porque está bien adaptado para suplir toda necesidad. Dios está enseñando en estas palabras una lección maravillosa sobre las leyes del crecimiento físico mediante la sencillez de los alimentos; del crecimiento mental mediante la pureza de los alimentos —alimentos no adulterados con enseñanzas paganas— y una lección espiritual de matrimonio con el Cordero, en lugar de con el dragón.

El agudo escudriñamiento del corazón por el Espíritu, representado por la espada de doble filo, se muestra en la segunda recompensa que se ofrece al alma

arrepentida. Se le da una piedra blanca, y en la piedra un nombre nuevo, que es conocido solo por quien lo recibe. Así como Zorobabel fue llamado un sello, o piedra de sellar, representado como llevado en la mano del Señor, así es cada uno que elige seguir a Cristo en preferencia al mundo. La piedra es blanca, de pureza deslumbrante. No se ven en ella ninguno de los tintes admirados por los ojos humanos, sino que es una piedra libre de todo signo de impureza, y en ella está impreso, por el poder de Dios, el nombre que solo el individuo y su Redentor conocen. Otros pueden pronunciar ese nombre, es cierto, pero su significado es un secreto entre Cristo y el individuo. El que lo recibe ha sido culpable de idolatría y fornicación, y nadie más que su Señor puede conocer la experiencia del alma que trajo el nuevo nombre. Una vez fue Jacob, suplantador. Solo el portador sabía cuán aplicable era el nombre. Cada vez que era pronunciado por amigo o enemigo, era un reproche abierto de Dios. Y cuando al final de la noche de lucha, el ángel dijo: «Tu nombre no se llamará más Jacob, sino Israel» —un príncipe de Dios—, nadie más que Israel conoció la profundidad de significado de ese nuevo nombre.

Cuando la nación judía vivía cerca de Dios, y la voz de Jehová podía ser escuchada, cada niño era nombrado bajo la dirección del Espíritu. Hoy el cielo tiene un nuevo nombre grabado en una piedra blanca pura para cada pecador que se arrepiente, y cuanto más profundo el tinte carmesí del pecado, más pura aparecerá la piedra por contraste. «Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no imputa iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño.»

Tiatira

El mensaje a Pérgamo lleva la historia eclesiástica hasta el año 538 d.C., momento en el que se consumó la unión entre el poder civil y eclesiástico, iniciada en tiempos de Constantino. Durante el período cubierto por Pérgamo, el Espíritu del Señor estuvo con la iglesia como iglesia; pero cerca del final de ese período, comenzó a producirse una separación. En los años siguientes, se formó

una organización que todavía llevaba el nombre de cristiana; y otra compañía, separándose de esa primera organización, debido a las prácticas de Balaam —la idolatría y la fornicación practicadas por aquellos que una vez fueron verdaderamente cristianos. Así, la educación impropia fue la causa de la apostasía de la iglesia, y la única señal de su caída fue que, en su debilidad espiritual, buscó el poder civil para su apoyo.

Es bajo estas condiciones que el mensaje llega a la iglesia de Tiatira. Es enviado por «el Hijo de Dios, que tiene Sus ojos como llama de fuego, y Sus pies semejantes al bronce bruñido.» Cristo todavía camina entre los candelabros, pero a Tiatira viene con «ojos como llama de fuego» para escudriñar los corazones mismos de aquellos que profesan ser Sus seguidores. A estos les dice: «Yo conozco tus obras, y amor, y servicio, y fe, y tu paciencia, y tus obras.» Este no fue un período ocioso; sus obras son mencionadas tres veces en la misma lista. Aquellos que establecieron una religión estatal, reemplazando el paganismo por el papado, fueron trabajadores muy diligentes. La iglesia absorbió cada gobierno, cada industria, todas las instituciones educativas —todo. No había un rincón de Europa que no estuviera bajo la inspección directa de esa organización que lo abarcaba todo, conocida como el papado. No solo los reyes en sus tronos, sino cada individuo privado en su propio hogar, era sujeto al poder de Roma. La iglesia se interponía entre el rey y sus súbditos; se interponía entre padres e hijos; incluso se interponía entre marido y mujer. Los secretos de los corazones de los hombres estaban abiertos al confesor. Obras, obras de todo tipo eran defendidas; porque la iglesia enseñaba que los hombres eran salvos por las obras. Largas peregrinaciones a través de continentes pagaron muchas deudas de pecado. La penitencia y las indulgencias quitaron el pan de muchas bocas hambrientas. El gobierno más fuerte que jamás haya reinado estuvo sentado en el trono. Sin embargo, las masas pensaban que en sus obras para la iglesia, su servicio, sus caridades y su fe, servían a Cristo. «Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras a esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, para enseñar y seducir a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos.» Los pecados

imputados a la iglesia de Pérgamo se repiten en el mensaje a Tiatira, pero son introducidos por un personaje diferente. La mujer Jezabel es tomada como una lección objetiva.

Jezabel era una princesa sidonia, profetisa del dios Baal. A diferencia de Balaam, quien antes de su caída adoraba al Dios verdadero, Jezabel nunca hizo ninguna pretensión de adorar al Señor. Acab, el rey de Israel, se casó con ella por su influencia, pero se encontró completamente bajo el control de una mujer obstinada y malvada. A su mesa, en el reino de Israel, se sentaban los profetas de Baal. En la capital se erigieron templos, arboledas y altares al dios pagano; la adoración al sol tomó el lugar de la adoración a Jehová. Los profetas de Dios fueron ejecutados por orden de la reina; incluso Elías huyó de su presencia. Fue propagadora de la prostitución y la brujería, y en nombre del rey, escribió una carta causando la muerte de hombres inocentes. Israel tuvo guerra, derramamiento de sangre y finalmente cautiverio, como resultado de la maldad de esta mujer. Fue durante su vida que los cielos fueron detenidos de modo que no llovió durante tres años y medio. La historia de Jezabel es una guía infalible para la interpretación de la historia profética de la iglesia durante la Edad Media.

En cada detalle, incluso hasta este último período de años, la historia de Jezabel es una parábola de la historia de la iglesia durante el tiempo, tiempos y medio tiempo —los tres años y medio de la supremacía papal, el período cubierto por el mensaje a Tiatira. Como resultado de la doctrina de la justificación por obras, que fue el baluarte de la iglesia durante este período, Europa tuvo más de mil años de oscuridad, conocidos en toda la historia como la Edad Media. Fue una tiranía del tipo más absoluto —una tiranía de la teología sobre el pensamiento. Quien levantara una mano contra la iglesia, caía como cayó Nabot a quien Jezabel mató. La hechicería, la brujería, la idolatría y la fornicación tomaron el lugar de la religión de Jesucristo. El Anticristo, o el “*misterio de la iniquidad*”, tuvo control total del mundo. Así como Jezabel escribió en nombre del rey, y en su nombre mató a un hombre inocente, así la iglesia apóstata se opuso y se exaltó por encima del Rey del cielo, y mientras hablaba en Su nombre,

cambió la ley de Jehová y dio muerte a miles que eran, de hecho, seguidores de Cristo.

Jezabel tuvo la oportunidad de arrepentirse, y también la tuvo Acab su esposo; porque había muchos profetas en Israel, y la verdad de Dios era enseñada; pero la familia real estaba tan bajo el control de la madre que no hubo salvación para ellos. Así Dios dijo de Tiatira, o la iglesia de la Edad Media: «Le he dado tiempo para que se arrepienta de su fornicación, y no se ha arrepentido.» Pero así como hubo un día de retribución con Jezabel, así lo habrá con el poder opresivo del papado. Jezabel fue arrojada de una ventana y destrozada, y los perros comieron su cuerpo. Acab fue asesinado, y los perros lamieron su sangre, y sus hijos también fueron muertos. Del “*misterio de la iniquidad*” está registrado: «He aquí, yo la arrojo en cama, y a los que con ella adulteran, en gran tribulación, si no se arrepienten de las obras de ella. Y a sus hijos heriré de muerte; y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriño la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras.» Aquí se da la destrucción final de la iglesia apóstata. El poder civil del papado fue quebrado en 1798, cuando el Papa Pío VI fue tomado prisionero por los franceses; pero la influencia continúa. Tiatira es Babilonia misma, y las iglesias mencionadas en otras partes como “*hijas de Babilonia*”, se encontrarán con el destino de la madre, Tiatira; porque cuando la historia de todas las iglesias termine, Babilonia y sus hijas serán destruidas en el lago de fuego. El tiempo de angustia del que habló Daniel, el profeta (Daniel 12:1), será el tiempo de tribulación para Tiatira. De esto, la terrible muerte de Jezabel es un símbolo; así como su vida y sus hechos se toman para tipificar a la iglesia misma.

Ya se ha hecho mención de una separación de la iglesia como iglesia en los días de Pérgamo y los primeros días de Tiatira. Individuos que reconocieron las indicaciones del Espíritu, se reunieron en pequeñas compañías, escondidos en cuevas, fortalezas montañosas y guaridas, como los profetas de Dios en los días de Jezabel. En estos lugares apartados había miles que no doblaron la rodilla ante Baal. Entre ellos estaban los valdenses de Italia, y otros dispersos por toda

Europa, que retuvieron la Palabra de Dios y confiaron en Sus promesas. De estos dispersos, pero fieles, el mensaje habla en las siguientes palabras: «Pero a vosotros digo, y a los demás en Tiatira, a cuantos no tienen esa doctrina (de Jezabel), y no han conocido las profundidades de Satanás, como ellos dicen; no os impondré ninguna otra carga.»

El nombre Tiatira significa “*sacrificio de contrición*”, y parece tener aplicación directa a aquellos que, a los ojos de sus perseguidores y del mundo, eran considerados herejes y forajidos —candidatos aptos para la hoguera. Su sacrificio fue en verdad un “*sacrificio de contrición*”. El corazón contrito es el corazón que Dios honra. A medida que pasaron los siglos, gran parte de la luz y la verdad que brillaron sobre la Iglesia Apostólica se había perdido; pero el Salvador no reprende a quienes se sacrificaban por la verdad que conocían y vivían, porque no tenían la luz de los primeros siglos.

La justificación por la fe fue la doctrina que rompió el poder del papado. Cristo y Él crucificado, una verdad tan largamente olvidada, o reemplazada por la fe en la cabeza de la iglesia, fue dada a la gente del mundo en el siglo dieciséis. Muchas otras verdades, largamente ocultas por la oscuridad, o enterradas bajo las tradiciones de la iglesia, salieron a la luz en los primeros días de la Reforma. El Sábado del Decálogo fue reconocido; algunos predicaron sobre el verdadero significado del bautismo, y otros dieron a conocer la relación adecuada de la iglesia con el estado; pero estos temas eran demasiado fuertes para mentes tan largamente mantenidas en sujeción. La época no estaba madura para la plenitud de la verdad. Pero así como los centinelas de la noche saludan el amanecer cuando la estrella de la mañana se levanta, así los primeros Reformadores, desde Wycliffe hasta Lutero y sus contemporáneos, abrieron las Escrituras, y los primeros rayos de luz trajeron gozo y alegría a quienes estaban sentados en tinieblas. Los mismos que vieron la oscuridad disiparse ante la luz de la Palabra de Dios, también vieron la señal de la venida del Hijo del hombre, que fue colgada en los cielos. En 1870 el sol se oscureció. Esta fue la primera de una serie

de signos celestiales (véase capítulo VII., Sexto Sello), y fue dada para alentar a aquellos que habían sido oprimidos.

Cristo dice: «No os impondré ninguna otra carga. Pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga.» ¡Cuán misericordioso es nuestro Dios! Él mide a la humanidad sus cargas de vida, y ninguna carga se hace más pesada de lo que puede soportarse. «Solo retenedlo hasta que yo venga», son Sus palabras de aliento. A otros, más acostumbrados a la luz, se les darían a conocer mayores verdades.

A las pequeñas compañías así dirigidas, se les dio el privilegio de levantar la antorcha de la verdad. Como un faro en una colina, visto desde lejos, la luz brilló desde los valles del Piamonte. Muchos entraron en contacto con esta luz, y pronto se encendieron fuegos por toda Europa. «Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones.» La verdad estaba destinada a triunfar, aunque pisoteada por más de mil años. Finalmente, los fieles reinarán como reyes. La mano del opresor será hecha pedazos, como vasija de alfarero. Hubo un tiempo en que la arcilla era blanda y maleable, cuando podría haber sido remodelada; pero a medida que se encendieron los fuegos de la persecución, aquellos que permanecieron endurecidos en el pecado se volvieron tan fijos que cualquier intento de cambiarlos resultó en hacerlos pedazos. «Le daré la estrella de la mañana.» Cristo es la luz, y a los fieles al final de los años de persecución se les dijo que levantaran sus cabezas, porque su «redención se acerca». Esta es la primera iglesia que se señala hacia la segunda venida de Cristo. El mensaje a Tiatira está en armonía con las palabras del Salmista: «Mi alma espera a Jehová más que los centinelas la mañana; más que los que aguardan la mañana.»

Debe recordarse que, así como las experiencias de Éfeso, Esmirna y Pérgamo se repetirán en la última iglesia antes de la segunda venida de Cristo, así la historia de Tiatira tendrá su contraparte en la última generación. El poder de Jezabel se sentirá de nuevo. Lo que una vez hizo una iglesia en días de oscuridad intelectual se repetirá en días de gran luz. La unión de la iglesia y el estado será seguida por leyes que obliguen a la obediencia a leyes hechas por el hombre, en

lugar de las leyes de Dios. La ley de Dios será pisoteada; porque una iglesia con poder civil siempre realiza las obras de Jezabel. Así como Elías huyó ante la antigua Jezabel, así aquellos que proclaman el último mensaje de advertencia, del cual Elías fue un tipo, serán perseguidos por este poder. Este mensaje se imprime en las mentes de aquellos que viven en los últimos días por las palabras a menudo repetidas: «El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.»